

DON ARTURO AGÜERO, FILÓLOGO Y ROMANISTA

*Manuel Antonio Quirós Rodríguez**

1. **Introducción: semblanza de Don Arturo**

*Monumentum aere perennius exegi
(Horacio, Odas, III, No. 30. 1.1.)
Acabé un monumento más duradero
que el bronce.*

El poeta latino, mediante este símil-metáfora, expresa que le ha legado a la humanidad una obra inmortal, que, como tal, traspasará los siglos en su duración, incluso, más que los metales. Horacio quiere significar que los trabajos espirituales poseen, a veces, más valor que las obras materiales, aunque, muchas veces pasen desapercibidos.

Aplicado el aforismo horaciano a nuestro medio cultural costarricense, el trabajo académico que, en el transcurso de su fructífera vida, desarrolló don Arturo, dado su valor, es perenne en creación poética, humanismo, e investigación filológico-lingüística-gramatical y docencia en el antiguo Departamento de Filología Española, hoy, Escuela de Filología, Lingüística y Literatura.

Corría el año de 1960, cuando, luego de varias indecisiones y cavilaciones personales, como todo joven, después de haber obtenido mi diploma de conclusión de estudios secundarios, sobre qué carrera académica seguir en la Universidad de Costa Rica, dentro de las dos

opciones generales que ofrece toda universidad: ciencias, o letras me decidí por estas, dado mi interés, inclinación personal y cierta facilidad innata, la cual debe ser aprovechada. Me había llamado la atención eso del latín, más que todo incomprensiblemente oído en las ceremonias eclesiástico-litúrgicas de mi pueblo ciudad, Tres Ríos, en donde había nacido.

En ese tiempo, 1960, en el momento de mi matrícula, yo deseaba estudiar idiomas y así, en mi mente, como que pensaba en la importancia, sobre todo del latín. La oferta no era tan amplia, como en el presente-

Como en ese año, no existía todavía el Departamento de Filología Clásica, me decidí por estudiar filología francesa, o como se llama, francés, nombre que no va bien, pues el estudio de un idioma, a nivel universitario, necesariamente debe constituirse en un estudio filológico: el idioma en sí en sus varios subcódigos posibles, aunque, evidentemente, siempre predomina lo normativo mediante el estudio la gramática normativa, su literatura, tanto pasada como presente, estudios de lingüística de ese idioma y aspectos históricos y culturales inherentes a ese mismo idioma.

En la parte baja del edificio de Estudios Generales me tocó la matrícula con Don Arturo Agüero, en un momento en que apenas estaba comenzando a funcionar la antigua Facultad

* Catedrático, Universidad de Costa Rica. Escuela de Filología, Lingüística y Literatura.
Recepción: 14/3/07 Aceptación: 29/3/07

de Ciencias y Letras, malograda, luego, por el Tercer Congreso Universitario. Tal facultad se hallaba situada en el actual edificio de Estudios Generales, en donde, hasta 1980, se albergaba el Departamento de Lengua Española en el cual, a la postre, estaban incluidos el inglés y el francés, que luego se separaron, en una actitud lógica-ilógica, pues el español es también una lengua moderna y, además, desde el punto de vista de la génesis del idioma el francés, nada que ver con el inglés, a no ser las relaciones de contacto, sino más bien, con el español, por ser ambas lenguas romances, que, por lo tanto, proceden del latín; el idioma inglés procede del germánico, como el alemán, el neerlandés y otros idiomas del norte europeo. Bueno, cada universidad funciona como funciona.

La matrícula se hacía mediante tarjetas perforadas que se leían en una “armatoste”, creo que actualmente arrinconado en la Facultad de Ingeniería, y se llamaba la Clotilde o Matilde, la única certeza que tengo es que la palabra concluía en un elemento filológico: -tilde. Había varios profesores sentados en fila matriculando y uno se presentaba ante el correspondiente; yo iba a matricular el idioma portugués (escrito con -z) y entonces, don Arturo me corrigió y me digo que el apellido era con -z y el nombre del idioma con -s; desde ese entonces, ya no cometo más este error. ¡Toda persona debe aprender de sus propios errores!

No tuve la suerte de tener a don Arturo como profesor, pues yo prefería, por cierto espíritu de “internacionalidad”, bastante grande en mí, la carrera de francés en donde tuve como profesores, entre otros, al belga, muy inteligentemente escapado de la II. Guerra Mundial, monsieur Van Huffel, o, como le decíamos los estudiantes, don René, con una sola -e y con pantalones, pues al mismo tiempo, impartía clases de francés mademoiselle Cabezas, Renée Cabezas. A veces, en la correspondencia a don René Van Huffel le ponían la otra e, y él decía, sonriendo humorística e irónicamente que, al encaramarle la otra -e, le habían puesto enaguas.

Como don Arturo notó en mí cierto interés por los idiomas, me nombró asistente, el primer asistente del recién fundado laboratorio

de idiomas, situado delante del auditorio de Estudios Generales.

Lo cierto es que tanto don Arturo Agüero como monsieur va Huffel y el escritor, don León Pacheco, quien conocía muy bien el francés, conformaban toda una pléyade de destacados profesores de secundaria, quienes habían impartido docencia en el Liceo de Costa Rica. Con la apertura de la nueva Facultad de Ciencias y Letras, la Universidad de Costa Rica, con muy buen tino, recurrió a ellos, además de haber traído a otros eminentes profesores de otros países, como el Dr. Constantino Láscaris Comneno, de muy grata y sabia memoria, quienes sembraron semilla que aún está fructificando. Hubo que comenzar con esos profesores tan experimentados en la docencia y así, vinieron no a engrosar, sino a abrir la parte humanística de tal facultad y lo hicieron con una enorme visión, interés y sacrificios económicos, pues los salarios, en ese entonces, dejaban mucho, mucho que desear, al menos para los nacionales pues, probablemente se creía, idea que persiste aún un poco, que los filósofos, los músicos, los poetas y los profesores viven del aire y que lo único valioso son las ciencias exactas, que cuanto más exactas y prácticas tanto mejor para el desarrollo de un país; una idea del todo errada y errónea. Claro, en ese, entonces la vida, como se dice, era mucho más barata que en la actualidad, cuando las condiciones económicas de los profesores, en general, está también mucho mejor. Los gobiernos, sobre todo, los políticos y los economistas se han dado cuenta de que el mayor avance de los pueblos está en su misma gente y que sin educación y cultura se es víctima de los tiranos y no hay progreso posible, incluso, con las mejores computadoras, que al fin y al cabo, se manejan con el alfabeto latino-romano. ¡Todo en computación avanza, menos el alfabeto y los números!

Illo tempore, no existían los modernos medios electrónicos: discos compactos, computadoras, *internet*, fotocopiadores, impresoras, *scanners* y no se que, diz, de “chunches” que nos están haciendo la vida más agradable; en todo caso, más fácil y comunicativa en un plano mundial; ni siquiera se había inventado la máquina electrónica de bolitas.

Más adelante, cuando poco a poco fueron apareciendo todos estos artefactos tan útiles, principalmente, para la vida académica y para el trabajo en las oficinas, don Arturo, cual monje benedictino medieval, seguía haciendo sus trabajos, como se dice, a mano, con una caligrafía desaparecida de la mayoría de nuestros estudiantes, muchos de los cuales ni siquiera saben escribir.

Don Arturo, como lo solíamos llamar, fue, pues, una de las mentes que iniciaron la antigua Facultad de Ciencias y Letras, que, como el nombre lo indica, reunía en un todo disciplinas de las ciencias exactas y disciplinas de las ciencias humanas o humanidades o letras.

Hablar de Don Arturo Agüero es no solamente hablar del Arturo humanista, poeta, docente y administrador y futurista, sino también de una persona que reunía en sí todos nuestros saberes: es hablar del Don Arturo filólogo, lingüístico, gramático, literato; es hablar del Don Arturo romanista y latinista; el Don Arturo que difundía un conjunto de materias dentro de una misma especialidad: la filología, y, dentro de las disciplinas filológicas, la filología románica y la filología clásica, sobre todo, latina.

Como administrador don Arturo fue una persona calma, serena, paciente, amigo de hacer el bien, aunque un poco calculadora y lenta, pues sabía esperar para ayudar y apoyar, y no sin razón: el tiempo y la universidad del momento lo pedían, la vida no era tan precipitada; además, en la elección y selección de los futuros docentes se debe ser muy, muy precavido. Claro, esto no lo entendíamos en ese momento. Don Arturo, sabio como era, tenía razón..

¿Se puede considerar, como en el caso de Don Arturo, un defecto y un error ser un “sábelotodo” en esta época moderna? Saber de todo un poco dentro de varias esferas académicas y sobre todo, dentro del suyo propio no constituye ninguna falta. ¡Todo lo contrario! ¡Es un ideal! E integrarlos, forma parte de la interdisciplinariedad, algo que se ve hoy positivo y se predica como tal. ¡Es un ideal contemplar todo como desde arriba, lo cual crea humildad y comprensión, incluso, hacia el ignorante! La persona provista de una cultura y mente

universales, tarde o temprano, se da cuenta también de la importancia de la especialización o profundidad en una sola materia, la cual no existe como tal. La especialización debe venir después que el conocimiento universal y no viceversa.

La unión-reunión de todos estos conocimientos en uno solo hoy les podrá parecer a muchos una ambición imposible de alcanzar en un campo tan vasto de estudios como el filológico. Quizás tengan razón, pero uno no puede ser un buen especialista sin antes no obtiene una visión global del campo de estudios; y uno no puede descollar en una esfera académica si antes, cual águila, no mira el terreno desde lo alto del cielo. Don Arturo fue un óptimo ejemplo de recepción, confluencia y expansión, mediante la docencia de la filología, lingüística, gramática, literatura, de eso que constituyen los pilares de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica, sin importar el método que se aplique; a veces los métodos modernos son pura palabrería, una moda que hoy es y mañana no. ¡No importa el método si se aplica bien! En tal consideración soy partidario del *nova et vetera* y del *vetera et nova*. Es mejor conocer un método antiguo bien, y no uno moderno mal conocido.

Le podríamos criticar a don Arturo haberle dedicado, en su papel de docente, mucho tiempo a la gramática histórica y a la historia de la lengua, pero es que la historia de la lengua siempre está presente en la realidad actual de un idioma: cuando uno usa el idioma español, no solo recurre a lo actual, sino incluso, para hablar sólo del léxico, está recurriendo a vasquismos, iberismos, celtismos, al mismo latín, a helenismos, arabismos, germanismos, sobre todo, visigotismos, italianismos, galicismos, anglicismos, algunos de los cuales: los vasquismos y los iberismos han penetrado en el idioma español, todavía existentes desde, más o menos, el año mil hasta la época actual con la avalancha de anglicismos; toda una almagama, porque el idioma no es solo nacional, sino también, internacional en el tiempo y en el espacio. Además, esa crítica no tiene sentido, pues también don Arturo se dedicó a la enseñanza del español sincrónico, y también, para muestras un botón: él escribía gramatical, sintáctica y

estilísticamente en forma óptima y bella, además de haber sido miembro de la Academia de la Lengua Español, correspondiente a Costa Rica, de la cual fue también su presidente.

2. Don Arturo como filólogo

Don Arturo se acercó a la filología como autodidacta y descolló sobremanera, pues las materias de las letras, como todas las demás, requieren entusiasmo, dedicación, profundidad y esa óptima intención de investigar, escribir y publicar siempre, siempre que se pueda. El docente que solo es docente y nunca publica no es buen docente. En este sentido, Don Arturo aunó los ideales del gran filósofo W. von Humboldt de *Forschung und Lehre*, “investigación y docencia”; esto es lo que diferencia a una universidad de una “llamada universidad”.

Otras de las cualidades de don Arturo Agüero era el interés por el latín, base o sustento de su lengua española, que tanto amaba, y de las demás lenguas romances, adjetivo que procede de Roma: el latín como lengua de Roma, pero también del Imperio Romano, de la Edad Media y del Humanismo Renacimiento hasta la Revolución Francesa, y paradójicamente también, de la Iglesia Católica Romana y cuya internacionalidad fue desplazada por el francés, y, en la actualidad, por el inglés. En fin, toda una globalización filológica, que, a la postre, repercute en la cultura; pero, en don Arturo, como hombre inteligente y culto que era, lo internacional del latín y del español no lo llevaba a descuidar las características de su terruño. Él, dentro de su internacionalidad, era muy nacional, como debe ser también. Pero, soy de la opinión de que el nacionalismo si no es alimentado por el internacionalismo es peligroso, como se ha demostrado en el transcurso de la historia, incluso, en la actualidad: ¡los benditos-malditos dictadores y tiranos!

Las ideas de don Arturo sobre la filología se encuentran plasmadas en el prólogo de su librito titulado, que, no por ser librito deja

de poseer valor, titulado: *Estudios lingüísticos desde la Antigüedad hasta 1800*.

Comenzando no más, el Capítulo I trata de Filología y lingüística y sobre la diferencia de ambos conceptos. El escribe:

Este libro está destinado a los estudiantes que inicien el aprendizaje de la lingüística, por lo cual puede considerarse un texto de carácter universitario; pero también esperamos que satisfaga el interés de las personas que solo busquen cierta información lingüística. Para unos y otros, obviamente, hay que dar por sabidos algunos conocimientos y nociones fundamentales como el latín, el griego, etc.

No sé que quiso significar don Arturo con el etc., supongo, el conocimiento de otros idiomas; es que el verdadero filólogo no puede ni debe contentarse con el conocimiento solo de la lengua materna; hoy, se debe conocer, y bien, el idioma inglés, sobre todo, en esta época de globalización informativa. Incluso, se deben conocer varios idiomas. Pero si la gente pretende conocer un idioma excluyendo la gramática, es inútil...

Don Arturo sabía que el paso por este mundo, y por ende, de la universidad, es apenas un brinco hacia lo que venga después de su desaparición material; por eso, se preocupó, principalmente, mediante la docencia, en sembrar la semilla del conocimiento filológico y a promover a estudiantes con talento e interesados en la filología para que estudiaran en otro país; pero no solo esto, hizo venir a Costa Rica a algunos eminentes filólogos, como Pierre Fouchet y a Dámaso Alonso. Es que tampoco la filología no puede estancarse, aunque uno sea un historicista. La renovación es imprescindible, no solo en las materias técnicas y en las ciencias exactas y en las naturales sino también en las ciencias del espíritu o humanidades. Aquí también se debe estar trabajando constantemente.

Don Arturo tenía una visión bien clara de lo que era, y es todavía, la filología, cuyo nombre es tan desconocido y hasta confundido por muchos en nuestro medio nacional, y supo aunarla pero también deslindarla de la lingüística.

Sobre el desconocimiento de lo que es la filología, les puedo citar cuatro ejemplos recientes, todos, por mera casualidad, dentro del campo bíblico, y en todo, caso el de la religión: los rollos del Mar Muerto, el Códice de da Vinci, el Evangelio de Judas y la recién supuesta tumba de Jesús. En los medios de comunicación, siempre y cuando se ha hecho referencia a las inscripciones o a los textos, que, como tal, han sido escritos, hablan de especialistas, de científicos o de historiadores, cuando, en realidad, el hecho es netamente filológico, pues estamos ante textos escritos que deben ser descifrados y explicados y el investigador, más que nadie, por un filólogo que conozca del asunto y no por el mero historiador o, simplemente, investigador, como se suele decir.

En el prólogo explica lo que en realidad ha sido, y es todavía, la filología en estricto sentido. Le recomiendo a los noveles filólogos leer esas primeras partes para que sepan realmente lo que ella es y en que se diferencie y en que se parezca y tenga en común con la lingüística, materia esta que, muchas veces, se confunde no solo con la misma filología sino también con la gramática: la gramática es un arte, es particular y es normativa; la lingüística es una ciencia, es universal y es descriptiva.

Sobre la filología don Arturo ha escrito:

La filología es una disciplina muy antigua, pues data desde que los sabios de Alejandría procuraron dar versiones fidedignas de las obras clásicas griegas, especialmente las homéricas, porque para ello tuvieron los textos, cuya lengua ya había evolucionado notablemente hasta aquel momento. Era necesario, pues, aclarar diversas formas lingüísticas...para que las versiones fueran exactas. Esta labor era eminentemente filológica, igual a la que habían realizado antes los hindúes.

En los tiempos modernos filología es una verdadera ciencia, con métodos propios, que ha extendido su campo de estudio, pues además del lenguaje y la literatura, también estudia todos los hechos culturales de un pueblo o conjunto de pueblos a que pertenezcan las obras en cuestión, pero siempre basándose en los textos.

Luego pasa a diferenciar la filología clásica de la románica:

La primera estudia las obras literarias de la Antigüedad greco-latina, mientras que la segunda se ocupa de las correspondientes a la cultura románica, escritas en lenguas romances; las lenguas neolatinas. También existe una filología germánica, y ya, en particular, una filología inglesa, alemana, francesa, española, etc. Pero la filología francesa y española son parte de la filología románica.

No seguiré copiando citas del mencionado libro de Don Arturo, pues para eso está el librito. Solo, como crítica constructiva, para quienes a así mismos se denominan “científicos”, pues, orgullosamente creen que solo ellos hacen ciencia. Fíjense como don Arturo define la filología como una ciencia, del participio neutro plural, *sciens, scientis*, del verbo latino *scio, scivi, scitum, scire*, sustituido, en toda la *Romania*, por *sapere/sapere*. Una ciencia es un conocimiento, por lo tanto es *cognitio certa per causas* mediante la ayuda de algún método; por lo tanto, la filología es una ciencia.

No se es buen romanista ni hispanista si no se conoce el latín y en esto también don Arturo es un ejemplo, pues conocía el latín y hasta lo hubo enseñado, pero, en un cierto momento, prefirió dedicarse a la gramática histórica española y a la filología románica; en la primera, se nota que siguió las huellas del maestro por excelencia de la gramática histórica española: don Ramón Menéndez Pidal. Lo que, en su momento, Don Arturo enseñaba en la Universidad de Costa Rica se hacía también en algunas universidades de América Latina, Los Estados Unidos de América, España, Italia, Francia, Inglaterra, sobre todo, Alemania, país este en donde se originaron los estudios románicos por mérito de Fr. Diez, contemporáneo de Goethe, y en Rumanía en donde el Dr. V. Sánchez tuvo destacados romanistas, quienes de seguro, seguían las huellas de Iorgu Iordan. En todo caso, me contaba Víctor, que tuvo que tragarse los cuatro volúmenes del *Diccionario Crítico Etimológico de la lenguas castellana* de Joan Corominas, en cuatro volúmenes.

3. Don Arturo y la filología románica

¿Qué es ser romanista? La palabra posee dos connotaciones: una jurídica y la otra filológico-lingüística. En la esfera jurídica significa el jurista que se dedica al estudio del *Ius Romanum*, y, en la segunda plano, el estudioso de las lenguas y literaturas románicas, las derivadas del latín, desde un punto de vista científico.

Como tal, Don Arturo también impartió el curso de filología románica, del cual yo fui el sucesor, pero que, en la actualidad ha venido a menos. Se trata de un curso de licenciatura, que, en Europa, equivale, más bien, a una carrera centrada en los estudios románicos, en un amplio sentido de la palabra: el mundo románico neolatino, continuación a grandes rasgos del mundo latino y ambos como contraposición al mundo germánico. En ese mismo curso, están esbozados aspectos de la gramática histórica de la lengua española comparada con las demás lenguas romances.

Don Arturo cometió el imperdonable error de haber publicado tal curso; pero, por mera

Casualidad, cayeron en mis manos, como regalo de la Dra. María Amoretti, quien sí fue alumna de él, los apuntes de tal curso. En este sentido, ella imitó a los alumnos del eminente lingüista, Ferdinand de Saussure, quienes tomaron los apuntes en los cuales se base *Le tours de linguistique*, base de la lingüística moderna. ¡Le agradezco a la Dra. Amoretti su noble gesto!

Yo no fui alumno de don Arturo pues, cursaba como el tercer año en esta universidad de Costa Rica, cuando partí hacia la *Urbs Aeterna* a estudiar filología clásica, sobre todo, latín y filología románica. El mismo don Arturo estaba muy interesado en que yo me fuera a estudiar filología románica a alguna Universidad de Europa, y mediante una beca que me consiguió la Dra. Clara Corneli fue a estudiar a la universidad de Roma y luego a Heidelberg, Alemania. Cuando regresé con mi título y mi especialización, Dios me había conservado con vida todavía a don Arturo, quien todavía fungía

como Director del Departamento de Español, y naturalmente, obtuve su ayuda para obtener un puesto en la ya existente Escuela de Lengua Modernas y en Filología en donde, antes de enseñar gramática histórica y filología románica, me acuerdo haber impartido todos los cursos de latín, del uno al sexto.

El libro, o más bien, los apuntes de clase, tomados por la Dra. María Amoretti, se inicia explicando algunos conceptos que, luego, don Arturo recoge en el librito ya mencionado, de *Historia de la lingüística*.

En una segunda parte, Don Arturo especifica un término no muy conocido ni usado en el ámbito histórico y geográfico, pero sí, sobre todo, en el filológico y que está en estrecho nexo con la misma filología románica, y que, por lo tanto, es importante para abarcar la extensión geográfica e histórica de esta; se trata de la palabra "Romania". Un nombre, según don Arturo, usado para designar el conjunto de países en que se hablan las lenguas románicas; que, en un principio, el término era empleado para designar el lugar en donde se hablaba la lengua romana, que ya no es latín, sino que comienza a ser el producto de lo que fue el latín; por eso ya convenía hacer una distinción entre *romana lingua* y *latina lingua*; incluso, el término sirvió para designar la cultura romana por aposición a la *barbaria*. En el transcurso de la Edad Media, el término sobrevivió en algunos derivados como Rumania, Romagna. Todos aquellos países en que se hable alguna lengua romance, aunque no conquistados por el *Imperium Romanum* antiguo, constituye la Nueva Romania, cuyo caso más conspicuo es la América Latina, por consiguiente, América Románica, más apropiado que América Latina.

En una tercera parte, Don Arturo explica los pueblos que habitaban la Península Itálica, y entresaca aquellos contra los cuales Roma tuvo choques para imponerse e imponer el latín, semilla de las futuras lenguas romances. Esa Roma centro político y estratégico por ser puente de unión de muchos pueblos que convergían hacia allí, entre los cuales se destacaban los latinos, que fueron absorbidos y culturizados por Roma. Otro pueblo, sin el cual Roma es impensable,

son los etruscos, de cuya lengua proviene el mismo nombre de **Roma** y ciertas palabras como *urbs*. También los griegos habitaron Italia. Luego, presenta una clasificación de las lenguas itálicas, para destacar el latín, en un principio, no la orgullosa lengua de Augusto, Cicerón y Virgilio, (más tarde, la lengua de Renacimiento Carolingio y todavía más acá, la lengua clave del Humanismo Renacimiento), sino, una lengua de labriegos sencillos, pues, hasta en la página más notable de Cicerón o de Virgilio aparecen rasgos de la lengua hablada por los labriegos del Lacio. Dice don Arturo que cuando Virgilio escribe “laetas segetas” o el “ager laetus” está usando palabras eminentemente campesinas, porque “laetas segetes” significa fértiles cosechas y “ager laetus” significa campo fértil, términos etimológicamente agrestes.

Que así como se abandonó la idea de considerar el latín clásico como única lengua literaria, también se ha dejado de considerar el latín vulgar como algo privativo de la latinidad tardía: se ha descubierto que, en épocas tempranas del latín, hay características del latín vulgar posterior, que, en antiguas inscripciones aparecen caracteres del latín tardío del cual se derivaron, directamente, las lenguas romances, que la latinidad evolucionó activamente sin sujeción a normas gramaticales, pues tal subcódigo de latín fue el que se difundió por las provincias del Imperio en labios de soldados, funcionarios, colonos y mercaderes romanos y sus fuertes baluartes fueron las colonias militares de todas las romanias y concluye: las diferentes formas que tomó en la época tardía constituye el fundamento de las lenguas romances.

Como cuarta parte, don Arturo expone las diferencias entre el latín vulgar y el latín clásico en las siguientes categorías gramaticales: fonética, morfosintaxis, léxico y semántica, en las cuales no me detengo, pues aparecen esquematizadas en algunos libritos que yo mismo he publicado y en algunos artículos míos.

Como quinta parte, don Arturo se detiene en los testimonios o fuentes que han servido para conocer el latín vulgar, y, entre todas, destaca el método de la reconstrucción hipotética del sistema, que podría ser peligrosa cuando se

abusa o exagera. Tal método consiste en poner simultáneamente adjuntas formas romances para extraer la posible forma latina. Entre otras fuentes que destaca don Arturo está el *Appendix Probi* y la *Peregrinatio Aetherae ad Loca Sancta*.

Luego destaca la labor del Cristianismo en la difusión de la lengua de Roma; pero don Arturo nunca ha sido un purista del latín, y, por lo tanto, tampoco del español: él dice que las fronteras lingüísticas en la *Romania* se desplazan considerablemente, y que, por eso, la lingüística moderna les concede tanta importancia a los dialectos; por eso también declara que las lenguas literarias tampoco se presentan como bloques completamente cincelados y que los diccionarios y gramáticas tienen normas y reglas artificiosas, ya que existen diferencias entre una misma lengua que se habla en diferentes regiones, pues una misma lengua varía en cada región donde se habla, y algo en lo cual normalmente al común de los mortales ni siquiera se le ocurre: las lenguas literarias se hallan expuestas a un proceso o continua alteración y de no intervenir los poderosos centros de civilización, como Roma o como París, también irían transformándose diversamente: lo que le pasó al latín a finales de la Edad Media; por eso, los romanistas se encuentran ante un cuadro de grandes dimensiones cuyas piezas están en continuo movimiento y que lo único que cabe es cierta esquematización con cierto orden.

Ahora, don Arturo se centra en el idioma base del latín, el indoeuropeo, a una característica esencial a las lenguas derivadas de él.

En seguida, presenta una historia de Roma, ya que la historia de Roma trae inherente la historia del mismo latín, y pasa revista a las fechas y lugares conquistados por Roma, en donde destacan las Guerras púnicas; y de Cartago a Hispania no hay más que un brinco, y las conquistas exteriores a Italia y Roma, como la guerra del siglo I, contra Mitrídates rey del Ponto, la conversión de Grecia en Provincia Romana: en Asia Menor, Grecia y Egipto, el latín tuvo que enfrentarse al idioma griego; pero, en el norte de Africa, se usó el latín hasta la llegada, en avance de conquista musulmana, de los árabes; luego, se llega a la época de Augusto, la conquista de la Panonia;

finalmente, don Arturo enumera las causas de la imposición del latín, el cual se difundió como lengua literaria y como lengua hablada.

Todo lo anterior, en una unión de historia, cultura y lingüística, es la parte diacrónica del latín.

Acto seguido, expone sobre la estructura lingüística de la *Romania*, sobre la base de un estudio pormenorizado: una comparación fonética para diferenciar las lenguas romances entre ellas mismas.

Después, sigue con la disolución y fragmentación lingüística de la *Romania* y sus causas: de porqué el latín vulgar dejara de ser latín y se escindiera en sus respectivos dialectos, de donde surgirían, de uno de ellos, cada lengua romance. Pasa revista por una causa esencial: la invasión de los pueblos germanos; entre estos, destaca a los alamanes, a los visigodos, y evidentemente, a los francos. Así va exponiendo, paso por paso y ordenadamente, la historia misma del latín en la Edad Media, en donde destaca los primeros textos en lenguas romances, concomitantes con el bilingüismo que se entabla en la Edad Media, en un momento en que la lengua de Roma se ve obligada, mediante estipulaciones conciliares, a imponer el empleo de la *romana lingua*; la Iglesia misma se hace bilingüe: el latín tradición como lengua oficial, y la lengua romance, o germánica, para el común de las gentes que desconociera el noble idioma.

Sustenta sus ideas mediante las exposiciones de grandes filólogos y lingüistas romanistas del momento; Meillet, Gröber, Bartoli, Rohlf, W. v. Wartburg, y para la gramática histórica del español, Menéndez Pidal.

Seguidamente, pasa a explicar la gran división de la **Romania**: la Oriental y la Occidental, sus regiones y características mediante ejemplos y explicaciones pormenorizadas de algo para lo cual se requiere toda una especialización en fonética y fonología: la cantidad en general, sobre todo, la vocálica, los distintos tipos de vocales y sus grados de apertura mediante un cuadro; siguen las consonantes y su punto de articulación con sus nombres tan complejos, los diptongos, los hiatos, los acentos, las palabras, todo lo cual comparativa y sincrónicamente,

pues para don Arturo, como para Saussure, la diacronía y la sincrónica van paralelas.

En seguida, se detiene en el cambio fonético: asimilación, disimilación, metátesis, prótesis, epéntesis, paragoge, síncope, apócope...

No descuida la diferente acentuación entre el latín clásico y el latín vulgar y expone el sistema vocálico del sardo, el rumano, siciliano; la evolución de las vocales tónicas y átonas; así continúa don Arturo comparando varias lenguas romances entre sí y con el latín mediante un trabajo difícil, paciente y metucioso; no sé si todo aprendido autodidácticamente. ¡Probablemente! En la comparación románica, toma también en cuenta el portugués, el catalán el provenzal, el francés antiguo y el francés moderno. Así se continúa por varias hojas con ejemplificaciones concretas latín -romances.

Le toca el turno a un resumen de las vocales, incluso, según los diferentes siglos y cuenta que la lengua romance más debilitada, en ciertas posiciones de las vocales átonas, fue el francés.

Hay un parte dedicada al orden de evolución de las vocales nasales y a la sonorización de las oclusivas sordas; emplea términos generales referidos a vocales átonas según su posición en la palabra, las vocales postónicas, siempre abarcando casi todas las lenguas romances; las consonantes iniciales, en latín y en romance, y la situación actual de cada idioma neolatino con sus primeros textos y de cuál fue el dialecto que logró imponerse como lengua literaria.

En fin, el curso de un D. Arturo Agüero fue una exposición clara y detallada de la evolución lingüística de la *Romania* hasta donde lo permitía un curso magistral. Durante su exposición, don Arturo tomó en cuenta un panorama global de la antigua y de la moderna *Romania* mediante un enfoque no sólo lingüístico sino también histórico, cultural y filológico.

4. Conclusión

La labor de don Arturo fue el quehacer metucioso del monje benedictino medieval copiando a mano, en códices, textos de la

tradición clásica para que no se perdieran por culpa del inexorable transcurso del tiempo, con una enorme paciencia, bien concentrado y con una caligrafía, que como la etimología lo dice “kalée grafée”, una letra no solo inteligible sino también esmerada: ordenada, bonita, poniendo en práctica los tres principios esenciales, en el acto de escribir, de la retórica clásica: *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, sin haber podido recurrir a algo tan casi imprescindible en la actualidad: la computadora. Pero, consolémonos; ni Homero, ni Virgilio, ni Cicerón, ni Petrarca, ni Dante Alighieri, ni Shakespeare, ni Racine, ni Goethe, ni Garcilaso de la Vega, ni Miguel de Cervantes ni siquiera conocieron la simple máquina de escribir...

¡Una letra impecable la de Don Arturo, como la de nuestras recordadas maestras de la escuela primaria! ¿Se acuerdan ustedes?

¡Qué lástima que don Arturo no haya publicado un excelente texto de filología románica!

En la labor de don Arturo, al menos según los apuntes de la Dra. María Amoretti, se nota interés de hacer las cosas bien, orden, penetración y auténtico espíritu científico en abordar los problemas filológicos sobre todo, lingüísticos latino-románicos. Pero Don Arturo no se quedó sólo en lo histórico sino que también abordó la sincronía y trató, comparativamente, las lenguas romances en su estado actual y se interesó mucho por el español del presente.

Quizás por desconocimiento de causa y porque nadie es profeta en su tierra ni en su momento, no se supo apreciar ni aprovechar la excelsa labor académica de don Arturo, y él se vio en la necesidad de emigrar: se había visto, en él, al simple administrador, que, en el caso del docente e investigador, es una simple e ingrata labor pasajera, en que, por fuerzas de las circunstancias, uno casi siempre se anquilosa. Y sin embargo, una universidad para que sea autónoma y, sobre todo, académica, debe ser regida por la *Universitas magistrorum*, el gremio de sus maestros.

Pero, a partir de cierto momento, don Arturo ya no estaba solo en sus labores académico docentes-investigativas, sino que, una serie de alumnos suyos y otros que no lo fueron, pues procedían tanto de la América Anglosajona como de la América, como digo yo, románica, habían cruzado el Atlántico para perfeccionar y ampliar todo el panorama (que él tan juiciosamente había iniciado), en otras universidades: Madrid Roma, Montpellier, Heidelberg, Colonia, Bucarest y otras más. ¡La semilla implantada por don Arturo dio, sigue dando y dará óptimos frutos...

Ad perpetuam rei memoriam!